

cina, que me le devolvió también en la misma forma, é inmediatamente monté en el nuevo carruaje, que avanzó con rapidez por las llanuras lombardas, y por la tarde llegué á la antiquísima y famosa ciudad de Verona.

CAPÍTULO XXIII.

Esa impresión múltiple de los espectáculos nuevos, sólo me subyugó en Trento, á la hora del crepúsculo, llena de presentimientos como las medrosa consejas; pero en Verona se apoderó de mi cual tenaz y febril pesadilla sembrada de ardientes coloraciones, formas duramente recortadas, fantásticos sonos de trompetería y lejano estruendo de armas.

Había allí desmoronado palacio que con tanta fijeza me miraba cual si quisiera confiarme algún antiguo secreto, y sólo se detenía ante la molesta muchedumbre de gentes que circula durante el día, rogándome que volviera á su lado á favor de las sombras de la noche. No obstante, á pesar del ruido de la gente y del implacable sol que derramaba su rojiza luz, de trecho en trecho alguna oscura torre me deslizaba una significativa frase, comprendía acá y allá los cuchicheos de las mutiladas estatuas, y hasta al subir una escalerilla que conducía á la *Piazza dei Signori*, las piedras me contaron una terrible y sangrienta historia y lei en la esquina (1) estas palabras: *Scala Ammazziati*.

(1) La versión francesa añade: *de una callejuela*.

Verona, la antiquísima y famosa ciudad, asentada en las dos orillas del *Adigio*, continuaba siendo, por decirlo así, la primera mansión de los emigrantes pueblos, que abandonando sus fríos bosques del Norte, treparon á los Alpes para gozar de la dorada luz del sol de la amorosa Italia. Algunos descendieron más allá; otros se hallaron bastante bien en este sitio y se establecieron en él cómodamente, se vistieron ligeros trajes de seda y pasaron una vida pacífica entre flores y cipreses, hasta que nuevos emigrantes, envueltos aún en sus frías y férreas vestiduras vinieron del Norte y les hicieron abandonarle; historia con frecuencia repetida y que los historiadores llaman la emigración de los pueblos (1).

Cuando, aun ahora, se recorre el recinto de Verona, se encuentran por doquiera las singulares huellas de aquellos días, como también las de las más antiguas y modernas épocas. A la romana pertenecen especialmente el anfiteatro y el arco de triunfo; á la de Theodorico, el Dietrich de Berna, que los alemanes aún rimamos y cantamos, y recuerdan los fabulosos restos de muchos edificios bizantinos y pregóticos (2); vastas ruinas (3) nos recuerdan al rey Alboin y á sus furiosos longobardos; legendarios monumentos representan á Carlo Magno, cuyos paladines se ven cincelados en las puertas de la catedral, francos tan rudos como seguramente lo fueron.

(1) La versión francesa dice: *de los Bárbaros*.

(2) Esta palabra falta en la versión francesa.

(3) Para traducir el adjetivo *toll* (loco, vasto) dice la versión francesa: *audaces y casi frenéticas*.

en vida. Le parece á uno la ciudad una inmensa hostería de pueblos, pues como en estos establecimientos suele escribir cada uno su nombre en paredes y ventanas, cada pueblo ha dejado aquí las huellas de su paso, no con frecuencia, es verdad, en escritura legible, porque muchas de las tribus germánicas no sabían aún escribir, y tenían que valerse de la destrucción para dejar algún recuerdo, lo cual era suficiente, pues estas ruinas hablan con más claridad que los elegantes caracteres. Y los bárbaros que ahora habitan la antigua hostería, no se han de quedar cortos en dejar tales monumentos que atestigüen su amable presencia, puesto que carecen de escultores y poetas que puedan eternizarlos en la memoria de los hombres por más dulces medios.

No estuve más que un día en Verona, y éste en una continua admiración de cosas nunca vistas, ya extático ante arqueológicos edificios, ya ante las personas que con misteriosa precipitación hormigueaban entre ellos, y finalmente, ante aquel cielo de un azul divino, que cual precioso marco cerraba aquel extraño conjunto; elevándole, por decirlo así, á la categoría de cuadro. Pero es cosa singular esto de formar uno mismo parte del cuadro que contempla, y ver que acá y allá le sonrien á uno sus figuras, hasta las de mujer, tan cariñosamente, como me ocurría en la *Piazza delle Erbe*.

Es ésta el mercado de legumbres, y en él se veían multitud de talles encantadores de mujeres y muchachas, con rostros iluminados por grandes ojos lánguidos, cuerpos dulces de habitar, de una amarillez atractiva, sencii-

llamente desaseados, creados más bien para la noche que para el día.

Los velos blancos ó negros que las mujeres de la ciudad prendían á su cabeza, iban tan hábilmente adaptados en torno de su seno, que, en vez de ocultarlas, ponían de manifiesto sus bellas formas. Las criadas llevaban un moño atravesado por una ó varias flechas de oro, ó también por un agujón de plata con cabeza de bellota, y las campesinas, en su mayor parte, sombreros de paja, en forma de platos, con coquetonas plumas é inclinados á un lado de la cabeza. El traje de los hombres se apartaba menos del nuestro, y sólo las disformes patillas negras, que cual un ramillete salían de la corbata, aquí, donde por vez primera reparé en esta moda, me parecían algo chocantes.

Pero, observando con más atención á estas gentes, tanto hombres como mujeres, se descubría en sus semblantes y en todo su ser el rastro de una civilización que difiere tanto de la nuestra, como que no procede de la barbarie medioeval, sino que se deriva de la época romana, nunca aniquilada por completo, y sólo modificada con arreglo al carácter de los dominadores sucesivos del país.

La civilización no tiene entre estos hombres ningún nuevo pulimento tan notable como entre nosotros, donde los troncos de encina están cepillados de ayer mañana, y todo huele aún al barniz. Le parece á uno que esta muchedumbre de la *Piazza delle Erbe* sólo ha cambiado en el transcurso de los tiempos, y esto muy lentamente,

de traje y modo de hablar, pero que el fondo de su cultura ha variado poco. Mas, si los edificios que rodean esta plaza no podían tan fácilmente hallarse en estado de progresar con el tiempo, no por eso parecen menos agradables y su aspecto conmueve el ánimo de extraña manera.

Allí se ven elevados palacios de estilo lombardo-veneto, con innumerables balcones y rientes pinturas al fresco; en el centro se eleva una solitaria y monumental columna, una fuente con su surtidor y una santa de piedra; aquí se ve el palacio del *podestà*, ridiculamente embadurnado á rayas rojas y blancas, que se eleva tras una poderosa puerta decorada con columnas; allá se divisa un viejo campanario cuadrado, en cuya parte superior las manecillas y la esfera del reloj están medio destrozadas, de modo que no parece sino que el tiempo haya querido aniquilarse á sí propio. En toda la plaza existe el mismo romántico encanto que tan agradablemente se respira en los fantásticos poemas de Ludovico Ariosto ó de Ludovico Tieck.

Cerca de esta plaza hay una casa, que, por ostentar un sombrero esculpido en lo alto de la puerta interior, se la tiene por el palacio de los *Capuletti* y es hoy una sucia taberna de cocheros y gente de tralla, ante la cual pende, á guisa de muestra, un herrumbroso y agujereado sombrero de hoja de lata. No lejos, en una iglesia, se enseña todavía la capilla en que, según la tradición, fué enlazada la infeliz pareja (1). Un poeta gusta de

(1) Julieta y Romeo.

visitar tales lugares, aunque él mismo se ría de la credulidad de su corazón, y yo encontré en esta capilla á una mujer solitaria (1), un ser cuya palidez entrístecía, que después de haber estado largo tiempo arrodillada y en oración, se levantó suspirando, me miró extrañada, con sus tranquilos y enfermizos ojos, y por fin, se alejó vacilante, cual si sus miembros estuviesen quebrantados.

También los monumentos fúnebres de los Scaligeros están cerca de la *Piazza delle Erbe*, y son extraordinariamente pomposos, como lo fuera esta misma orgullosa familia. Lástima es que estén situados en un estrecho rincón, donde, por decirlo así, tienen que empujarse uno á otro, para ocupar el menor espacio posible, sin que quede al espectador mucho sitio para poderlos contemplar á su gusto. No parece sino que se ha querido aquí representar la aparición histórica de esta raza, que igualmente sólo llena un pequeño rincón en la historia general de Italia; pero este rincón está completamente lleno de brillantes hechos, pensamientos pomposos y soberana arrogancia. Como en la historia, se les ve en sus monumentos, altivos y férreos caballeros sobre férreos corceles, dominando sobre todos *Can-Grande*, el tío, y *Mastino*, el sobrino.

(1) La versión francesa añade: *pobre y raquitica criatura.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO XXIV.

Muchos han hablado del anfiteatro de Verona; hay allí bastante lugar para consideraciones, y no hay consideraciones que no puedan encerrarse en el círculo de este famoso edificio.

Está en su totalidad construido en ese estilo seriamente positivo, cuya belleza consiste en la perfecta solidez, y, como todos los edificios públicos de los romanos, revela un espíritu que no es otro que el de la misma Roma.

¿Y Roma? ¿Quién es tan saludablemente ignorante, que sólo al nombrarla no se le estremezca secretamente el corazón, ó que al menos un tradicional temor no sacuda las fuerzas de su pensamiento? Por lo que á mí toca, confieso que mi emoción contenía más inquietud que regocijo, al pensar en que pronto hollaría el suelo de la antigua Roma.

La antigua Roma ha muerto ya—le decía por lo bajo á mi alma atribulada—y tienes el placer de contemplar sin peligro su hermoso cadáver. Y entonces me asaltaba un pensamiento digno de Falstaff: —Pero ¿y si no hubiera muerto del todo, si solamente lo hubiera

fingido y se levantara otra vez de repente? ¡Sería una cosa horrible!

Cuando visité el anfiteatro, precisamente se representaban comedias en él. Se había erigido en su centro un pequeño cajón de madera, en el cual se desarrollaba una farsa italiana, y los espectadores se sentaban, parte en sillas pequeñas y parte en los elevados bancos de piedra del antiguo anfiteatro. En éstos me senté yo y vi los desplantes de Brighella y de Tartaglia desde el mismo sitio en que un día se sentaron los romanos á ver los combates de sus gladiadores y sus fieras.

El cielo que se extendía sobre mí, cual bóveda de azulado cristal, era aún el mismo de entonces. Anochecía poco á poco, y las estrellas empezaban á brillar. Truffaldino reía, Smeraldina se lamentaba; por fin, llegó Pantalon y enlazó sus manos. El pueblo aplaudió y salió de allí gozoso. Todo el juego no había costado una gota de sangre; pero no era más que un juego. Los juegos de los romanos, al contrario, no tenían nada de juego, pues aquellos hombres no podían jamás regocijarse con meras apariencias, les faltaba para ello la jovialidad de alma del niño, y, siendo tan serios como eran, se mostraba en sus juegos la seriedad más efectiva, la más sangrienta. No eran ningunos grandes hombres, pero, gracias á su posición, eran más grandes que los restantes hijos de la tierra, pues se hallaban sobre Roma; pero así que bajaban de las siete colinas eran pequeños.

De aquí la pequeñez que descubrimos allí donde se

manifiesta su vida privada; y Herculano y Pompeya, esos palimpsestos naturales, cuyos antiguos textos de piedra son ahora desenterrados, muestran al viajero la vida privada romana en pequeña casita de es trechas habitaciones, que tan notablemente contrasta con aquellos edificios colosales que manifiestan la vida pública, con aquellos teatros, acueductos, fuentes, vías y puentes, cuyas ruinas aun hoy nos dejan estupefactos.

Pero lo mismo ocurre por doquiera: como el griego es grande por la idea del arte, y el hebreo por la idea de un Dios santísimo, así los romanos son grandes por la idea de su eterna Roma, grandes por doquiera donde bajo la inspiración de esta idea pelearon, escribieron ó edificaron. Cuanto más grande se hizo Roma, tanto más se agrandó esta idea, el individuo se perdió en ella, los grandes, que aun sobresalen, sólo lo han conseguido mediante esta idea, y ella hace aún mas notable la pequeñez de los pequeños.

Por esta razón han sido al mismo tiempo los romanos los más grandes héroes y los más grandes satíricos; héroes cuando obraban pensando en Roma; satíricos, cuando pensaban en Roma al juzgar los actos de sus contemporáneos, pues medida con tan monstruoso patrón como la idea de Roma, aun la más saliente individualidad tenía que parecer raquitica y tenía que ser presa de la satírica vena. Tácito es el más cruel maestro en este género de sátira, precisamente porque sentía del modo más profundo la grandeza de Roma y la pequeñez de los hombres; se halla en su elemento cuando tiene que

dar cuenta de lo que las maliciosas lenguas dicen en el *forum* sobre algún escándalo imperial; está en el ápice de su felicidad colérica, cuando tiene que contar alguna senatorial censura, alguna adulación fallida.

Largo tiempo estuve aún paseando sobre los altos asientos del anfiteatro, con el pensamiento vuelto á lo que fué; y como todos los edificios revelan más claramente á la luz del crepúsculo el espíritu que los habita, así aquellos muros me refirieron las más profundas cosas en su incompleto y lapidario estilo (1). Me hablaron de los hombres de la Roma antigua, y me pareció verlos á ellos mismos vagar como blancas sombras á mis pies por el obscuro circo.

Me parecía ver á los Graccos con sus inspirados ojos de mártires: Tiberio Sempronio —exclamé— ¡yo votaría contigo en pro de la ley agraria! También vi á César que paseaba del brazo de Marco Bruto.— ¡Os habéis reconciliado! —exclamé.— Ambos creíamos tener razón— me replicó César, sonriendo.— Yo no sabía que aun quedaba un romano, y me creí, por tanto, autorizado á meterme á Roma en el bolsillo, y porque el romano era mi hijo Marco, se creyó autorizado á su vez á quitarme la vida.

Detrás de ambos se deslizó Tiberio Nerón con sus piernas vaporosas y sus indecisos gestos. También vi

(1) La versión francesa dice: *sus fragmentos de estilo lapidario*; pero en el original no hay un sustantivo *Fragmente*, sino el adjetivo *fragmentarisch*.

errar por allí algunas mujeres, entre ellas Agrippina, con su bello é imperioso semblante, que tenía un aspecto maravillosamente conmovedor, como una antigua estatua de mármol, en cuyos rasgos el dolor se ha petrificado. ¿A quién buscas tú, hija de Germánico? Hasta la oí quejarse.... Pero entonces de pronto sonaron las lúgubres campanadas del toque de oraciones y el redoble fatal de la retreta (1). Desvaneciéronse los altivos espíritus romanos, y me encontré nuevamente de lleno en el presente cristiano y austriaco (2).

(1) La versión francesa dice el *estúpido redoble*. Es curiosa la palabra con que en alemán se designa la retreta. *Zapfenstreichs*, de *zapfen*, sacar vino por la espita, y *streichen*, vulgarmente *largarse*, *marcharse*, *dejar de*. De modo que es como si dijéramos el toque de *¡no más vino!*

(2) La versión francesa dice: *católico, apostólico y austriaco*.

CAPÍTULO XXV.

Así que anochece, la gente elegante de Verona comienza su paseo por la plaza *La Bra*, ó bien toma asiento en diminutas sillas ante los cafés portátiles (1), y saborea el sorbete, el fresco de la noche y la música. Da gusto sentarse allí, el corazón se aduerme bajo la influencia de los dulces acordes que en él despiertan un eco. A veces, cuando está adormecido, al sonar los instrumentos de metal, se exalta, y canta con la orquesta toda; entonces despierta el espíritu cual herido por un rayo de sol, se entreabren los sentimientos como grandes flores, y los recuerdos, cual negros y profundos ojos y cual errantes nubes, cruzan por encima los altivos, lentos y eternos pensamientos.

Estuve paseando hasta muy tarde, hasta eso de media noche, por las calles de Verona, que poco á poco se iban quedando solitarias y devolvían extraños ecos. A la vaga luz de la luna se evaporaban los edificios y las

(1) La versión francesa dice: *cafés*, solamente; pero esta traducción exigiría que en el texto se empleara la palabra *Kaffe haus* (casa-café), y la que se emplea es, *Kaffebude* (puesto portátil de café).

estatuas, y más de un marmóreo semblante me miró pálido y doloroso. Crucé apresuradamente por delante de las tumbas de los Scaligeros, y me pareció que *Can-Grande*, amable, como siempre lo fué con los poetas, quería descender de su corcel y servirme de guía. — No te apees — le dije — no te necesito; mi corazón es el mejor *cicerone*, me cuenta por doquiera los sucesos que en estos edificios han ocurrido, y hasta me refiere con bastante fidelidad los nombres y las fechas.

Al llegar al arco de triunfo romano, un monje negro cruzó como una sombra, y á poco resonó un regañón — ¿Quién va? — en alemán. — ¡Amigo! — sollozó una deliciosa voz de tiple (1).

Pero, ¿á qué mujer pertenecía la voz que penetró en mi alma de un modo tan dulce y misterioso, al subir la *Scala Ammazziati*? Era un canto como el que brotaría del pecho de un moribundo ruiseñor, dolorosamente tierno, que repitió el eco sobre los edificios de piedra como si pidiera auxilio. En este lugar asesinó *Antonio della Scala* á su hermano *Bartolomeo*, precisamente cuando éste se dirigía á casa de su amor. Mi corazón me decía que ella seguía aún sentada en su cámara, esperando á su amado, y que cantaba no más que por ahogar su inquieto presentimiento. Mas pronto me pa-

(1) La versión francesa deja la pregunta en alemán: *Wer da?* y pone la contestación en italiano: *Amico!* Como en el original, pregunta y respuesta (*Gut Freund!*) están en el idioma del texto, las traduzco. Además, dicha versión emplea con poco acierto el adjetivo *joyeux*, para calificar la voz.

rieron canción y voz harto conocidas; yo había oído antes aquellos sonidos sedosos, temblorosos, que vertían sangre; me enlazaron como tiernos y vehementes recuerdos y.... — ¡oh necio corazón! — me dije, ¿no conoces ya la canción del rey moro enfermo, que la difunta María cantaba con frecuencia? Y la voz misma..... ¿No conoces ya la voz de la difunta María?

Aquellas notas prolongadas me siguieron por todas las calles, hasta la hostería de las *Due Torre*, hasta el dormitorio, hasta en sueños..... Y allí volví á ver á mi dulce y amada muerta, bella é inmóvil; la anciana que la velaba alejábase de nuevo, mirándome enigmáticamente de través, la juliana exhalaba su aroma, yo besaba de nuevo los amados labios, y el amoroso cadáver se levantaba lentamente para devolverme el beso.

¡Si al menos supiera quién apagó la luz!

CAPÍTULO XXVI.

«¿Viste el país donde el limón florece?» (1)

¿Conoces la canción? Toda Italia está en ella retratada, mas con los suspirantes colores del deseo. Pero Goethe la ha cantado más circunstanciadamente en su *Viaje á Italia*, y como cuando pinta tiene siempre ante sus ojos el original, puede uno fiarse por completo de la fidelidad del contorno y del colorido. Me parece lo más cómodo remitir al lector de una vez para siempre al *Viaje á Italia*, de Goethe, con tanto más motivo, cuanto que él hizo el mismo viaje hasta Verona, pasando por el Tirol.

Ya he hablado en otra ocasión de este libro (2), antes de serme conocida la materia que trata, y ahora veo completamente confirmado mi presentido juicio. Veo por todas partes en él hechos arrancados al mundo real y la tranquilidad de la Naturaleza. Goethe la presenta el espejo, ó mejor dicho, él mismo es el espejo de la Naturaleza. Esta quiso saber qué aspecto tenía, y creó á Goethe, que hasta ha logrado reflejarnos sus pensamien-

(1) Canto de Mignón, en el *Wilhelm Meister*, de Goethe, novela, de donde está tomado el asunto de la ópera *Mignon*, de A. Thomas.

(2) Tomo I de los *Cuadros de viaje*, pág. 138.

tos é intenciones, y no es cosa de reprochar á un entusiasta del poeta, y mucho menos en los días caniculares, que admire tanto la identidad de la imagen y el objeto mismo, que llegue á conceder al espejo una fuerza creadora, el poder de crear objetos semejantes.

Cierto Sr. Eckermann escribió un libro sobre Goethe en el que afirma con toda seriedad: Si Dios, al ocuparse en la creación del mundo, hubiera dicho á Goethe: «Amado Goethe, esto ya está listo, gracias á Dios; ya lo he creado todo menos las aves y los árboles, y me harías un favor, si quisieras crear por mí estas bagatelas.» Goethe hubiera creado, tan bien como Dios, estos animales y plantas, completamente dentro del espíritu de la creación, esto es, dichos animales con pluma y los árboles con verdor.

Hay verdad en estas palabras, y yo hasta soy de opinión de que Goethe hubiera desempeñado el encargo mejor que el mismo Dios, en algún detalle, que, por ejemplo, hubiera creado, con mejor acuerdo, al señor Eckermann con plumas y verdura. Es verdaderamente un defecto de la creación, que no crecieran sobre la cabeza de dicho señor unas plumas verdes, y Goethe procuró por lo mismo remediar esta falta, y escribió á Jena pidiendo para él un bonete de doctor y se lo puso por su propia mano (1).

Después del *Viaje á Italia*, de Goethe, merecen recomendarse: la *Italia*, de Mad. de Morgan y la *Corinna*,

(1) Aquí termina el capítulo en la versión francesa.

de Mad. Staël. Lo que faltó en talento á estas señoras, para no aparecer insignificantes al lado de Goethe, lo suplieron con pensamientos viriles que á él le faltan. Pues Mad. de Morgan habló como un hombre, dijo sapos y culebras contra desvergonzados mercenarios, y fueron animosos y dulces los trinos de este alado ruiseñor de la libertad. Asimismo, como todos saben, fué Mad. Staël una amable vivandera del ejército liberal, y corrió animosa por entre las filas de los combatientes con su barrilillo de entusiasmo, dió fuerzas á los fatigados, y peleó con ellos, mejor que los mejores.

Tiempo hace ya que W. Müller dió en el *Hermes* una sinopsis de todo lo referente á descripciones de viaje de Italia, y su número es inacabable. Entre los antiguos escritores alemanes se han distinguido en primer término en este punto, por su ingenio y propiedad: Moritz, Archenholz, Bartels, el bravo Seume, Arndt, Meyer, Benkowitz y Rehfues. De los modernos conozco menos, y muy pocas de sus obras me han procurado recreo y enseñanza. Entre éstas citaré: *Roma, romanos y romanas*, del malogrado W. Müller, que era ¡ay! un poeta alemán; el *Viaje de Kepháides*, que es un bocado seco; más tarde *Las hojas cisalpinas*, algo fluidas, y por fin, los *Viajes á Italia desde 1822*, de Federico Thiersch, Lud. Schorn, Eduard, Gerhardt y Leo de Klenze; de esta obra había ya aparecido una parte, y contenía la mayoría de las comunicaciones de mi querido y noble Thiersch, cuyos ojos humanos se dejaban ver en cada línea.

CAPÍTULO XXVII.

«¿Viste el país donde el limón florece,
La naranja en la fronda se enrojece,
Un áura suave el cielo azul envía,
El mirto humilde y el laurel se cria?
¿Sabes cuál es?

¡Allí, allí!
Verme quisiera, amado, junto á ti.» (1)

..... Pero no viajes á primeros de Agosto, época en que de día le asa á uno el sol y por la noche le devoran las pulgas. Además te aconsejo, querido lector, que no vayas en diligencia de Verona á Milán (2).

(1) La versión francesa traduce estos versos de Goethe líberrimamente, algo más en verso que otros anteriores, si bien aun no tienen más que intención de estar metrificados y rimados. Nuestra traducción es trasunto fiel en cuanto al metro y orden de las rimas, y en cuanto á las palabras, para ser idéntica al original, sólo le faltan tres adjetivos; dos en el 2.º verso *áurea* (naranja) y *obscura* (fronda), y uno en el 4.º *alto* (laurel) que no pueden entrar en los endecasílabos castellanos, cuyas palabras son más largas que las de los correspondientes alemanes:

2.º Im *dunkeln* Laub die *Gold* orangen glühn.

4.º Die Myrte still und *hoch* der Lorber steht.

Los cuatro versos restantes son idénticos á los del original. Véase la 1.ª nota al pie del principio del capítulo anterior.

(2) Los alemanes escriben Milán, *Mailand*, convirtiendo así al antiguo *Mediolanum* en *país de Mayo* (*Mai-land*).

Partí en compañía de seis bandidos, en un pesado carruaje, que, á causa del densísimo polvo, hubo que cerrarle cuidadosamente por todos lados, de modo que poco pude observar acerca de la belleza del país. Sólo dos veces antes de llegar á Brescia levantó mi vecino la cortinilla lateral de cuero para escupir al exterior. La primera vez no vi más que algunos sudorosos abetos que en su verde traje de invierno parecían sufrir mucho á causa del sofocante calor del sol; la otra vi un trozo de lago de un azul maravilloso, en el que se miraban, como en un espejo, el sol y un granadero flaco. Este último, especie de Narciso de Austria, admiraba con infantil alegría, cómo su imagen le copiaba fielmente en todo, cuando presentaba el arma, se la echaba al hombro ó se disponía á hacer fuego.

Aun de la misma Brescia tengo poco que contar, pues aproveché el tiempo que permanecí en ella para tomar un buen *pranzo*; creo que no se püeda vituperar á un pobre viajero que acalle el hambre del cuerpo antes que la del espíritu. No obstante, antes de volver á subir al carruaje, tuve la suficiente conciencia de pedir á la *cameriere* algunas noticias acerca de Brescia, y de este modo supe, entre otras cosas, que la ciudad tiene cuarenta mil habitantes, una casa consistorial, veintiún cafés, veinte iglesias católicas, una casa de locos, una sinagoga, una casa de fieras, un correccional, un hospital, un teatro tan bueno como él, y una horea para los ladrones que roban menos de cien mil *thalers*.

A eso de media noche llegué á Milán y me apeé en

casa del Sr. Reichmann, un germano cuya fonda estaba completamente montada á la alemana. Me dijeron algunos conocidos que volví á encontrar allí, que era la mejor hospedería de toda Italia y hablaron bastante mal de los hosteleros italianos y de las pulgas. No oí allí más que enfadosas anécdotas de fulleras itálicas, y especialmente Sir William juró y perjuró que si Europa era la cabeza del mundo, Italia era el órgano del latrocinio de esta cabeza.

El pobre *baronet* había tenido que pagar en la *Locanda croce bianco* de Padua, nada menos que doce francos, por un mezquino almuerzo, y en *Vicenza* hubo quien le exigió una propina por levantarle un pañuelo que se le cayó al subir al carruaje. Su primo Tom decía: «Todos los italianos son ladrones, salvo únicamente que no roban.» Si hubiera mirado amorosamente, habría hecho también la observación de que todas las italianas son ladronas (1).

El tercero de la gavilla era un *mister* Liver, á quien había yo dejado en Brighton como un ternero y volvía á encontrarle en Milán como un *beuf à la mode*. Estaba vestido completamente como un *dandy*, y nunca he visto un hombre que se diera mejor traza para hacer ángulos con toda su persona. Si enganchaba los pulgares en las aberturas de brazo de su chaleco, formaba ángulo con el cuerpo y con cada uno de los dedos; hasta

(1) Los tres puntos precedentes, desde *y de las pulgas*, faltan en la versión francesa.

su boca se abría en forma cuadrangular. Añádase á esto una cabeza cuadrada, estrecha en su parte posterior, y por arriba terminada en punta, reducida de frente y muy larga de la barba. También se hallaba entre los ingleses conocidos, que volví á ver en Milán, la gruesa tía de Liver, que había descendido de los Alpes como un alud de grasa, en compañía de *miss Polly* y *miss Molly*, dos onocrótalos (1) tan blancos y fríos como la nieve.

No me acuses, querido lector, de anglomanía, si hablo con gran frecuencia de ingleses en este libro; son ahora en Italia harto numerosos para dejar de reparar en ellos, pues atraviesan el país completamente en enjambres, acampan en todas las hospederías, circulan por doquiera para verlo todo, y ni aun se puede pensar en un limonero italiano sin una inglesa que le huelá, ni en una galería sin unos sesenta ingleses, que, con su guía en la mano, la recorran y examinen si aun existe todo cuanto en el libro se indica como notable.

Cuando se ve á ese pueblo rubio, de rubicundas mejillas, con sus brillantes coches, abigarrados lacayos, sus relinchadores caballos de carrera, sus señoritas de compañía con sus velos verdes y demás costosos trebejos, pasar los Alpes curioso y engalanado y atravesar la Italia, se cree ver una elegante invasión de bárbaros. Y, en efecto, el hijo de Albión, á pesar de vestir ropa blanca y pagarlo todo al contado, es todavía un bárbaro civilizado en comparación con el italiano, que

(1) Aves parecidas al cisne.

revela más bien una civilización que tiende á la barbarie.

Aquél muestra en sus costumbres una grosería reprimida, éste una finura exagerada (1), y hasta los pálidos semblantes italianos, los ojos de mirada triste, los labios de una ternura enfermiza, ¡qué inexplicable distinción tienen frente á esos rígidos semblantes británicos rebozando salud en su vulgar rubicundez! Todo el pueblo italiano padecer una enfermedad interna, y los hombres enfermos son siempre verdaderamente más distinguidos que los sanos; pues sólo el hombre enfermo es hombre, sus miembros revelan una historia de dolores, están saturados de espíritu. Yo hasta creo que á fuerza de luchar con el sufrimiento pueden los animales convertirse en hombres; vi una vez á un perro moribundo que en su agonía me dirigió una mirada casi humana.

La expresión de dolor en el semblante se hace en extremo visible en los italianos, cuando se habla con ellos de la desventura de su patria, y en Milán no faltan ocasiones de hacerlo. Esta es la herida más dolorosa del pecho italiano, y se estremecen por completo en cuanto se la toca por dulcemente que sea. Agitan entonces los hombros de una manera que inspira singular compasión.

Uno de mis ingleses consideraba á los italianos como indiferentes en política, porque parecían escucharnos sin interés alguno, cuando, como extranjeros, politiquéába-

(1) La versión francesa dice: *Aquél muestra en sus hábitos una grosería contenida, barnizada; éste manifiesta una delicadeza adulterada, casi fétida por exuberancia.*

mos sobre la emancipación católica (1) y la guerra de Turquía; y fué suficientemente injusto para decirlo en tono burlón en presencia de un pálido italiano de barba negra como la pez,

La noche anterior habíamos asistido á la representación de una ópera nueva en la *Scala* y oído el estruendo (2) que en tales casos se promueve habitualmente.—Vosotros los italianos—dijo el inglés al pálido—parecís haber muerto para todo, excepto para la música, y sólo ésta logra reanimaros.—Es usted injusto con nosotros—dijo el pálido encogiéndose de hombros. ¡Ah! suspiró y añadió:—Italia yace presa de elegiaco ensueño, sobre sus ruinas, y cuando alguna vez se despierta de pronto y salta impetuosamente, al oír la melodía de algún canto, no produce su entusiasmo el canto en sí, sino más bien antiguos recuerdos y sentimientos que tal vez ha despertado, que Italia siempre llevó en su corazón y que ahora se desbordan con fuerza... Esta es la significación del loco estruendo que usted ha oído en la *Scala* (3).

Acaso esta explicación venga á arrojar alguna luz sobre las causas del entusiasmo que despiertan por doquiera allende los Alpes las óperas de Rossini ó de Meyerbeer. Jamás he visto á los hombres volverse locos como en una representación del *Crociato in Egitto*, cuando

(1) De los Irlandeses.

(2) *Mordspuktakel* (espectáculo asesino).

(3) Aquí termina el capítulo de la versión francesa.

la música á veces pasaba de repente de las notas tiernas y melancólicas á otras de clamoroso dolor. Aquel arrebató se llama en Italia *furore* (1).

(1) Esta explicación ha sido confirmada por el Gobierno italiano al nombrar senador á Verdi, por considerarle uno de los que han ayudado á la independencia y á la unidad de Italia por medio de sus óperas, cantando todos los heroismos.